

Julio 23 de 1940

18ª REUNION — 14ª SESION ORDINARIA

Presidencia del doctor **ROBUSTIANO PATRON COSTAS**,

Presidente provisional del Senado

Senadores presentes: Mario Arenas, Herminio Arrieta, Ricardo Caballero, Raúl Ceballos Reyes, Juan Cepeda, Alberto Francisco Figueroa, Francisco R. Galíndez, Manuel García Fernández, Héctor González Iramain, Laureano Landaburu, Eduardo Laurencena, Lucio López Peña, Alfredo L. Palacios, Robustiano Patrón Costas, Antonio Santamarina, Carlos Serrey, Gilberto Suárez Lago, José P. Tamborini.

Senadores ausentes, con aviso: Juan José Lubary, Jorge J. Pinto, Matías G. Sánchez Sorondo, Juan R. Vidal, Benjamin Villafañe.

Senadores ausentes: Alberto Arancibia Rodríguez, Aldo Cantoni, Juan B. Castro, Atanasio Eguiguren, José Heriberto Martínez, Guillermo Rothe.

SUMARIO

1.—Asuntos entrados:

I.—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, por el que se **prorroga** por el término de un año, el **plazo** fijado por el artículo 28 de la ley número 12.581, al directorio de la Caja de Jubilaciones de Periodistas.

II.—Comunicaciones de la Cámara de Diputados.

III.—Nota de la Cámara de Diputados.

IV.—Peticiones.

2.—Proyecto de ley, reproducido, del senador Suárez Lago, sobre erección del faro de San Martín, en el campo de El Plumerillo, en Mendoza.

3.—Minuta de comunicación del senador Palacios, solicitando a la Honorable Cámara de Diputados la pronta sanción del proyecto de ley sobre enriquecimiento ilegítimo de funcionarios. A moción del mismo senador, se aprueba.

4.—Homenaje a la memoria de monseñor Aníbal Verdaguer.

5.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Agricultura, Industrias y Comercio, en el proyecto de ley, en revisión, sobre colonización. Se aprueba en general y queda en suspenso su consideración en particular.

6.—Apéndice: Inserción solicitada por el senador Palacios.

—En Buenos Aires, a los veintitrés días del mes de julio de 1940, siendo la hora 16 y 5, dice el

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Queda abierta la sesión.

1

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a votar la moción de sobre tablas formulada por el señor senador por la Capital.

—Se vota y resulta afirmativa general.

—Se lee nuevamente la minuta de comunicación.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa en general, así como también en particular.

Sr. González Iramain. — Podría dejarse constancia de que ha sido votada por unanimidad.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Así se hará, señor senador.

4

HOMENAJE

Sr. Arenas. — Pido la palabra.

Ha fallecido hace tres días, monseñor Aníbal Verdaguer, primer obispo de Mendoza, que integrara la terna que oportunamente hizo el Senado, no hace muchos años.

Inútil me parece, para un hombre que desempeñaba una de las más altas dignidades de la Iglesia católica, empeñarme en demostrar sus merecimientos. Publicista de libros de enseñanza, sin pretensiones, pero sesudos, hombre de una vida ejemplar —y quisiera que estas últimas palabras fueran interpretadas, no como las que se pronuncian con habitual generosidad al borde de una tumba— hombre de una vida ejemplar dentro y fuera de sus condiciones de religioso, honorable alma pura, limpia, piadosa sencilla y fundamentalmente humilde, al primer obispo de Mendoza se le puede quizá hacer la crítica de que careció de la solemnidad de las exterioridades y de la ampulosidad que generalmente rodean las altas funciones que ejerció por breve tiempo.

Por sus virtudes personales, tan conocidas y apreciadas en Mendoza, ha producido un hondo y sincero sentimiento público su desaparición, al cual pido, señor presidente, quiera asociarse el Honorable Senado tributándole el último homenaje al santo varón de su credo, que ha desempeñado con honra la magistratura para la cual el Senado en su oportunidad, lo designara en la terna.

Nada más.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Invito al Senado a ponerse de pie en homenaje a la memoria de monseñor Aníbal Verdaguer.

—Así se hace.

5

COLONIZACION

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Al orden del día.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar en general el proyecto de ley sobre colonización.

—Se vota y resulta afirmativa general.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — En consideración en particular.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra.

Hago indicación de que artículo que no se observe se dé por aprobado, y que cuando comprenda varios incisos, se vote por incisos.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Habiendo asentimiento, así se procederá.

—Se lee:

Artículo 1º — La Nación aplicará de acuerdo a las presentes normas, un plan agrario destinado a poblar el interior del país, a racionalizar las explotaciones rurales, a subdividir la tierra, estabilizar la población rural sobre la base de la propiedad de la misma y a llevar mayor bienestar a los trabajadores agrarios.

La propiedad de la tierra queda sujeta a las limitaciones y restricciones que se determinan en esta ley, de acuerdo al interés colectivo.

—Se aprueba sin observación.

—Se lee:

Artículo 2º — Para la aplicación de esta ley, créase el Consejo Agrario Nacional, que funcionará con la autonomía que ella le acuerda, con sede en la Capital Federal y con jurisdicción en todo el país.

Será una institución de derecho público y privado, siendo sus miembros personal y solidariamente responsables de los actos del consejo, salvo expresa constancia en acta de quien estuviera en contra de sus resoluciones.

—Se aprueba sin observación.

Julio 23 de 1940

CAMARA DE SENADORES

18ª Reunión. 14ª Sesión Ordinaria

—Se lee:

Artículo 3º — El Consejo Agrario Nacional se compondrá de cinco miembros: dos en representación del Poder Ejecutivo; uno en representación del Banco de la Nación Argentina y del Banco Hipotecario Nacional; otro en representación de las cooperativas agrícolas inscriptas en el Ministerio de Agricultura, conforme a la ley número 11388; y el otro, de los consejos agrarios locales, propuestos por éstos en la forma que determina la reglamentación de la presente ley, pudiendo serlo la primera vez por el Poder Ejecutivo, y hasta tanto dichos consejos hagan la respectiva propuesta.

Los representantes elegidos por el Poder Ejecutivo lo serán entre personas de reconocida capacidad en los problemas agrarios, debiendo la presidencia y vicepresidencia ejercerse por éstos. Todos los miembros del directorio se nombrarán con acuerdo del Senado. Serán inamovibles, salvo el caso de mala conducta. Los nombrados, en caso de vacante, completarán el período.

Para el funcionamiento del directorio se requiere la asistencia de cuatro de sus miembros.

El presidente y los miembros del Consejo Agrario ejercerán sus funciones por el término de seis años, renovándose por mitad cada tres, y por sorteo la primera vez.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra para hacer una aclaración.

A continuación de lo que ha leído el señor secretario y después de la palabra «miembros», el despacho continúa en esta forma, porque hay un error de imprenta y se ha suprimido la última parte de la sanción de Diputados. El artículo termina así: «El presidente y los miembros del Consejo Agrario ejercerán sus funciones por el término de seis años, renovándose éstos por mitad cada tres, y por sorteo la primera vez.

«El presidente del consejo ejercerá la representación legal del mismo. Tendrá voz y voto en todos los casos y el suyo será decisivo en caso de empate.»

Sr. Serrey. — Pido la palabra.

Conforme en absoluto con las directivas de este proyecto, he de permitirme proponer algunas modificaciones que he dado a conocer por anticipado al presidente de la comisión, miembro informante del despacho, tendientes a llenar el fin primordial que tiene éste, que es llevar la colonización a todos los ámbitos del país, modificaciones que tienden a tener en cuenta las diferentes situaciones en que se encuentran las distintas regiones del país, en las que no hay uniformidad, siendo al contrario, muy diversas sus condiciones de este orden.

El artículo 1º enumera sus objetivos: «poblar el interior del país, a racionalizar las explota-

ciones rurales, a subdividir la tierra, estabilizar la propiedad rural».

Las necesidades son distintas según las regiones. En el litoral, que está densamente poblado, no es la necesidad principal acrecentar la población, pero sí lo es en el interior de la República. Ahora, las condiciones topográficas son distintas. Sabido es que los campos del litoral requieren exclusivamente ser cercados, y que tienen el beneficio de las lluvias oportunas que los fecundan, mientras que los del Norte y Oeste del país están cubiertos de bosques y no gozan de lluvias sino en el verano; de tal manera que han menester de riego artificial en la época en que se hacen las siembras.

Es necesario que estas distintas peculiaridades sean contempladas y que haya personas entendidas en el Consejo Agrario, que pertenezcan a las distintas regiones del país. Algo análogo existe en la ley de vialidad, que en realidad no se cumple, pero siempre se ha tratado de que las distintas regiones del país estén representadas. A tal fin tiende el agregado que propongo, que en caso de ser aceptado por la comisión y por el Senado, sería colocado en el lugar correspondiente del artículo.

Pido al señor presidente que lo haga leer.

Sr. Secretario (Figuerola). — (*Leyendo*): «El Poder Ejecutivo tendrá en cuenta al hacer esas designaciones, la conveniencia de que en el consejo estén representadas las cuatro regiones del país, clasificadas en la siguiente forma: zona litoral y central, que comprende las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba. Zona Norte, que comprende las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, Santiago del Estero y Catamarca. Zona Oeste, integrada por San Juan, Mendoza, San Luis y La Rioja. Y zona de las gobernaciones nacionales, formada por todas ellas. A tal fin, al convocar a los bancos, cooperativas y consejos agrarios, podrá indicar a cada uno de esos grupos la zona a que deben pertenecer los candidatos que elijan.»

Sr. Palacios. — ¿Qué artículo lee el señor secretario?

Sr. Secretario (Figuerola). — Es un agregado que propone el señor senador por Salta al artículo 3º.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra.

El señor senador por Salta, efectivamente, como lo ha expresado, había entregado anticipadamente a la comisión, ya redactadas, algunas modificaciones al artículo 3º, que tienden a distribuir las representaciones en el seno del Consejo Agrario por zonas.

La comisión ha meditado seriamente sobre

este asunto; cree que el propósito que inspira la modificación propuesta por el señor senador por Salta, es aceptable, pero que no puede admitirse en la forma en que él la ha proyectado.

Sr. Serrey. — Debo decirle al señor senador que la he proyectado en otra forma.

Sr. Landaburu. — Hay una ligera modificación.

Sr. Serrey. — No es ligera, es completa.

Sr. Landaburu. — De todas maneras, el sentido de la modificación es el mismo y yo me voy a referir a la redacción que el señor senador me ha entregado.

La comisión aceptaría, como agregado final del artículo 3º lo siguiente, que traduce ese propósito: «En la organización del Consejo Agrario Nacional, se procurará dar representación a los intereses de las diversas regiones del país.» Creo que eso es lo esencial de lo que propone el señor senador por Salta. Pero la comisión no puede aceptar esa distribución de cargos que refiere, concreta e individualmente, cada cargo a cada región del país. Eso sería enclavar la representación, por así decirlo, en una forma algo arbitraria. No es posible proponer a que el Consejo Agrario se organice como un conjunto de hombres representativos de intereses antagónicos, que vayan allí con la creencia de que están investidos del deber de defenderlos, con prescindencia del carácter y de la inspiración nacional de la ley.

Por otra parte, habría que empezar por ver si las regiones, tal como las ha distribuido el señor senador por Salta, son las más adecuadas. En lo que se refiere, por ejemplo, a los territorios nacionales, haría notar que no son los mismos los intereses del Norte argentino, Chaco y Misiones, que los del Sur, La Pampa, Neuquén y Río Negro, no obstante lo cual, la representación de todos correspondería a un solo miembro del Consejo Agrario.

El precedente análogo que pudiera admitirse, que es la ley nacional de vialidad, resuelve el caso en forma más o menos igual a la que he propuesto. El directorio nacional de vialidad se compone de siete miembros y la ley dice: «El presidente y tres vocales deben representar los intereses de las diversas regiones del país...», pero sin decir que cada uno representa a determinada región circumscripta y delimitada ya, precisamente en la ley.

Por este motivo, la comisión cree que puede incorporarse el precepto en forma general y amplia, sin hacer la distribución en la forma en que lo propone el señor senador por Salta.

Nada más, señor presidente.

Sr. González Iramain. — Pido la palabra.

En una forma o en otra, señor presidente, a mí me parece indispensable un agregado que diga en síntesis lo que propone el señor senador por Salta o lo que dice el señor senador por San Luis, miembro informante de la comisión, aunque prefiero la redacción que le ha dado el señor senador por Salta, por las razones que enunciaré.

Si en el Senado, señor presidente, hubiera representantes con espíritu localista y con animadversión para algunas regiones del país, por preferir a otras, es seguro que ahora oíríamos, durante este debate, observaciones al despacho, que podrían ser algunas de fondo. Felizmente, eso ya no hay en el país argentino, y ninguna ley que el Congreso de la Nación vota, sale nunca viciada de esa manera. Los legisladores de la Nación, ponen su vista siempre en la Nación toda, sin distinción de regiones, que ya no existen para el espíritu público argentino y menos de los gobernantes.

Así y todo, señor presidente, yo he tenido oportunidad de llegarme a la comisión, como lo anunció su presidente, miembro informante de la misma, para hacer en nombre de la provincia que represento, observaciones que me hubiera gustado verlas reflejadas en el despacho, y que no están, por razones muy atendibles, que yo respeto.

El señor ministro de Agricultura, coincidiendo en eso con el señor miembro informante de la comisión, ha dicho que ésta no es, de manera alguna, una ley de beneficencia pública, sino una ley de colonización, queriendo ellos ahuyentar con eso, para los buenos entendedores, toda proposición que buscara llevar un aporte preferencial para regiones desfavorecidas por la naturaleza, que las hay en el país.

Sr. Landaburu. — Si me permite el señor senador. Como me atribuye expresiones que no he pronunciado, estoy absolutamente seguro, le quería hacer notar que no es así; la frase le pertenece al señor ministro de Agricultura.

Sr. González Iramain. — Yo la había oído en el curso del debate. Pero como el señor ministro de Agricultura está ausente, debo decir que no he interpretado mal la frase: creo que el señor ministro lo ha dicho con la mejor buena intención, defendiendo la ley, y para que no aparecieran en el debate en forma de proposiciones, intentos regionalistas. Y menos han de aparecer por mi boca, señor presidente, porque los detesto.

Creo que la proposición que formula el señor senador por Salta, es, no sólo necesaria, sino

indispensable, porque ella va a ser la única disposición dentro de la ley que haga posible o que imponga al consejo por constituirse la necesidad de volver su atención sobre regiones que no están contempladas en todo el articulado del proyecto.

Habría razones, señor presidente, para prestar oídos a las objeciones que al proyecto se hacen en defensa de intereses que aquí no se reflejan. Podríamos decir nosotros, si no comprendiéramos la alta finalidad de la ley y las razones que tiene la comisión para proyectarla como la ha proyectado, que ésta es una ley para colonizar el litoral y no para poblar el interior, como dice el artículo 1º, para contemplar, como dice el señor senador por Salta o mirar hacia todos los ámbitos del país. No es así, y no es así porque la colonización que el proyecto persigue acaso no sea posible en regiones naturalmente desfavorables para este fin. Toda la concesión que el señor presidente de la comisión —y que yo agradezco— ha hecho a este criterio, es el agregado que él ha puesto —por pedido mío según ha dicho el señor senador por San Luis— al inciso a) del artículo 9º, cuando dice: «Sólo por razones especiales, que se expresarán en cada caso, el consejo podrá resolver la adquisición de inmuebles a mayor distancia que las mencionadas». Pero el proyecto fija distancias para las tierras o terrenos en posibilidad de colonización, y estas distancias son punitivas para algunas regiones del interior. Dice que las tierras a colonizarse deben estar a tantos kilómetros de puerto o a tantos kilómetros de mercado. La Rioja, por ejemplo, está totalmente excluida de esta colonización posible, por este kilometraje que fija la comisión, con muy buen criterio dentro del rumbo general del proyecto, lo que no desvirtúa el hecho concreto que yo ofrezco a la meditación del Senado. La Rioja y Catamarca quedan, en razón del kilometraje que fija la comisión, fuera de la colonización a que el proyecto se refiere. Y si esto no fuera bastante, las provincias tienen que cargar, en este caso, hasta con un error legal de orden administrativo que algún día se va a corregir: las tarifas ferroviarias. Como las tarifas ferroviarias para el interior son prohibitivas, no es prudente colonizar estas tierras del interior. Y hasta los accidentes de la naturaleza, que este despacho de la comisión tiene muy en cuenta, castiga a provincias como La Rioja y Catamarca, porque aquí se dice que las tierras donde no caiga anualmente una cierta cantidad de milímetros de lluvia no son aptas para la colonización, y se sabe que en La Rioja y Catamarca el

riego es artificial, como ha dicho el señor senador por Salta; entonces no pueden aspirar a los beneficios de esta colonización.

Sr. Laurencena. — Pero cuando hay riego artificial quedan comprendidas en esta ley.

Sr. González Iramain. — El riego artificial que por solidaridad nacional fomenta la Nación, nunca es bastante como para esta colonización, en el espíritu del proyecto. Estoy dando, señor presidente, razones que no me moverán a proyectar modificaciones, pero que quiero que destaquen como indispensable la proposición que ha hecho el señor senador por Salta y que armoniza con el agregado ya puesto por la comisión al artículo 9º del proyecto, porque creo que lo único que podrá modificar en parte las disposiciones estrictas de esta ley, que no favorecen en manera alguna al interior del país —aunque haya razón para proyectarlas como vienen—, será la elasticidad que se permita a este consejo a formarse, en virtud de este agregado al artículo 9º y el interés y la emoción nacional que puedan tener en la aplicación de la ley, hombres que conozcan las distintas regiones del país, y no han de conocerla ni han de tener esa emoción si no provienen de las regiones mismas que, por el proyecto, están forzosamente excluidos.

Se horrorizaría el Senado de saber las dificultades y deficiencias de este orden que existen en las provincias para la vida normal; en las provincias de La Rioja y Catamarca hay tierras aptas para el cultivo de maíz y trigo, y hasta con agua bastante, pero como no pueden consumir ellos todo el trigo o maíz que puedan cultivar, abandonan las tierras, y lo poco que cultivan, señor presidente, tampoco lo pueden consumir en el mercado interno por la razón de las tarifas ferroviarias. Se da el caso elocuente de agricultores de Nonogasta o de Guadacol —regiones que he visitado recientemente en compañía del señor senador por la Capital, doctor Palacios—, de tierras feraces, de unos agricultores, digo, que cultivan maíz y trigo y que no pueden llevar sus bolsas de cereal a la ciudad capital de La Rioja porque en ésta lo adquieren más barato al que viene de Rosario o de Santa Fe, por razón de las tarifas ferroviarias: cuesta menos traerlo de Santa Fe que desde Nonogasta a La Rioja.

Deficiencias que tiene el proyecto, como ésta que acabo de señalar y que no son reparables por las razones que yo respeto del señor miembro informante de la comisión, que es a su vez hombre del interior y que conoce estas necesidades hace, a mi modo de ver, indispensable

aceptar la modificación y sancionar el agregado proyectado por el señor senador por Salta, doctor Serrey, así, como él lo propone, para que sea imperioso para el Poder Ejecutivo contemplar las necesidades de estas regiones, cuando llegue el momento de formar el consejo administrativo. Aunque no fuera inobjetable la forma que ha dado al agregado el señor senador por Salta, yo le pediría al señor senador por San Luis que, como un modo de atenuar lo malo que la ley tiene, a pesar del señor miembro informante y de la comisión, para algunas regiones del país, acepte que el agregado se incorpore tal cual lo ha propuesto el señor senador por Salta.

Nada más.

Sr. Serrey. — Pido la palabra.

Demás está decir, que yo no me he visto animado por ningún espíritu localista al proponer este nuevo agregado.

Sr. González Iramain. — Lo he descartado.

Sr. Serrey. — Porque si bien soy nacido en el interior del país, me he nutrido intelectualmente en esta Capital y me considero tanto de ella como de mi provincia. La Nación es una, y así es para todos los que la representamos en el Senado.

Sr. González Iramain. — Por suerte.

Sr. Serrey. — Lo que yo me propongo es que las personas que integren este consejo, conozcan, por la lección que da la vida y la experiencia, las distintas regiones del país, que son totalmente distintas en sus características topográficas, en su situación, distancia, etcétera. En cuanto a la observación formulada por el señor miembro informante, debo decir que he dado al agregado una redacción distinta a la que el señor senador conocía, pues la acabo de redactar. Yo le rogaría al señor senador que volviera a leer el agregado.

Sr. Landaburu. — ¿Quiere leer, el señor secretario el agregado propuesto por el señor senador por Salta?

—Se lee nuevamente.

Sr. Serrey. — Debo hacer notar, señor presidente, que estas cooperativas y estos consejos agrarios que existen, están todos en la parte poblada y rica del país. En las provincias alejadas no hay organismos que puedan influir; de manera que siempre saldrán impuestos en su mayoría, hombres de esta región, que posiblemente coincidirán con los que designen los bancos. Entonces, demos un poco de aire a esta ley, demos la oportunidad de que hombres que conocen el país, se incorporen al Consejo Agrario. Tenemos ya un precedente en la ley de

vialidad, que tiene un carácter nacional como ésta.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra.

El señor senador por Salta ha cambiado la redacción que me había entregado particularmente, hace algunos días. Eso le ha permitido hoy, tener cierto éxito a favor de su argumentación.

Yo quiero recordar a los señores senadores por Salta y La Rioja que soy, como ellos, un representante del interior del país, que se siente movido por los mismos sentimientos y por las mismas aspiraciones, a veces excesivas, que despierta entre nosotros el amor a nuestra patria chica. Pero creo que ésta es una ley de carácter e inspiración nacionales. Creo que bastaría con un agregado al final del artículo que expresara el propósito de que en el Consejo Agrario estén representados los intereses de las diversas regiones del país.

Haré, además de las expuestas, una sola consideración. En el Consejo Agrario toman asiento un representante de las cooperativas y otro de los consejos agrarios locales. ¿Cómo es posible que se le diga al Poder Ejecutivo en cada renovación: «este representante que usted debe tener de los consejos agrarios y cooperativas, debe, necesariamente, representar a tal región del país», porque así corresponda en el orden de los turnos, aunque no hubiere en esa región una persona suficientemente apta para desempeñar tan delicada función?

Creo que, con el agregado que propongo al final del artículo, el Poder Ejecutivo se ha de preocupar seriamente de dar representación a los intereses de las distintas regiones del país, con lo que quedan ampliamente satisfechos los deseos expresados por los señores senadores por Salta y La Rioja.

Sr. Serrey. — Me encuentro satisfecho de que se agregue lo que propone el señor senador, pero debo decirle que no se le exige al Poder Ejecutivo; se dice simplemente que «podrá».

Sr. Landaburu. — Si no es obligatorio, no tiene más que el sentido de una expresión de anhelo, que es lo que traduce el agregado de la comisión.

Sr. González Iramain. — Pido la palabra.

Yo había entendido mal el sentido de la proposición del señor senador por Salta. Yo creía que era imperativa, y por eso la apoyé con fervor. Son muchas las modificaciones que yo dejaré de hacer al texto del proyecto por ser sensible a las razones del señor miembro informante de la comisión, cuando ha hablado del espíritu general de la ley y porque no tengo

espíritu regionalista en ese sentido, ni tampoco quiero atribuírselo al señor senador. Y por otra razón: por circunstancias de las que también hemos conversado con el señor miembro informante de la comisión, es decir, que las deficiencias que en esta ley encontramos, van a ser salvadas en otra ley que va a considerar el Senado dentro de poco tiempo y que prepara una comisión especial de senadores designada por este cuerpo para estudiar la situación de las provincias, inclusive el aspecto de las tarifas ferroviarias, que, a mi modo de ver, es uno de los más urgentes.

Otro aspecto es el de los cultivos, que se clasifican en esta ley de tal manera que tampoco pueden comprender a las clasificaciones que se hacen en regiones como La Rioja y Catamarca.

Por eso yo creí que el agregado propuesto por el señor senador por Salta era salvador, pero a condición de que fuera imperativo, como no le gusta al señor senador por San Luis.

Yo creo que si se dice, simplemente, «podrá», el artículo no dice nada y no tiene sentido como agregado. Esto vale, como proposición a votarse, si es que es imperativo, si es que se dice al Poder Ejecutivo: «Nombrará en el consejo individuos de tales y tales regiones del país». No creo que esto pueda significar una dificultad para ningún Poder Ejecutivo que haya de constituir ese consejo. Es evidente que en las diversas regiones del país hay hombres con esas condiciones y aptitudes, y existen las cooperativas, que han de proveer estos hombres aptos o técnicos y con experiencia para las funciones que la ley le encarga.

Yo voy a votar el agregado propuesto por el señor senador por Salta si en lugar de «podrá», se dice «nombrará».

Sr. Landaburú. — Pido la palabra.

Correspondería entonces, señor presidente, va que sobre el resto del artículo no hay objeción, que se vote el agregado propuesto por la Comisión de Agricultura, Industrias y Comercio, en el sentido de que si éste es aprobado, queda rechazado el propuesto por el señor senador por Salta. En caso de que fuera rechazado, se entraría a votar el que propone el señor senador.

El agregado de la comisión sería el siguiente: «En la organización del Consejo Agrario Nacional se le procurará dar representación a los intereses de las diversas regiones del país.»

Sr. González Iramain. — Propongo que en lugar de «procurará dar», se diga «se dará».

Sr. Presidente (Patrón Costas). — ¿El señor senador por Salta acepta la modificación que introduce el señor senador por La Rioja?

Sr. Serrey. — Sí, señor presidente.

Sr. Landaburú. — Si toda la cuestión es sobre el verbo se «procurará» dar o se «dará», yo no tengo inconveniente en aceptar la modificación propuesta, siempre que la representación no quede enclavada en distintas regiones.

Sr. González Iramain. — ¿Cómo quedaría redactado, entonces, el agregado?

Sr. Secretario (Figueroa). — «En la organización del Consejo Agrario Nacional se dará representación a las diversas regiones del país.»

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a votar el artículo 3º con el agregado propuesto, tal como ha sido leído.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Se lee:

Artículo 4º — Tanto el presidente como los directores deberán ser ciudadanos argentinos mayores de veinticinco años de edad y tener cinco años de ejercicio de la ciudadanía, en caso de ser naturalizados.

Sr. Caballero. — Pido la palabra.

No me impulsan sentimientos xenófobos al proponer como voy a hacerlo, ante la comisión y el Senado, una modificación al artículo que se discute. No soy enemigo de los extranjeros: me siento nada más que argentino. Pero debo decir algunas palabras respecto de los extranjeros, que, vinculados al país por intereses, por lazos familiares, pero no por una larga residencia, se sienten más ligados a su país de origen, que al nuestro.

Empezaré por declarar que yo distingo, entre los extranjeros, a los españoles y a sus descendientes, porque los considero como si fueran criollos. Nos ligan a ellos, casi todos los elementos que forman la estructura de una Nación: comunidad de raza, de lengua, de religión, de tradición histórica y artística. El alma de ellos o de sus antepasados, ha sentido el sortilegio de las tierras nuestras desde los tiempos en que los hermosos paisajes, así como la inexplicable y solemne melancolía de las pampas, no habían sido obtruidas por esta civilización febril, que va reduciendo los elementos espirituales de la vida argentina, a un común denominador meramente económico, alcanzado por una población cosmopolita, que jadea en las ciudades y en los campos encadenada a la obscura potencia de los grandes capitales financieros, que no tienen patria. Yo sé que con los españoles podremos contar siempre, si nuestro país tuviera que soportar algún día la presión de la fuerza encaminada a robar su independencia y su libertad.

No he olvidado la actitud del pueblo español, de la prensa española, cuando el gobierno del general Rosas, se enfrentaba a Francia que pretendía recolonizarnos, en los años 1838, 1839 y 1840. «El Nacional» de Madrid, decía después de la toma de Martín García por las fuerzas francesas aliadas a los orientales y a algunos unitarios argentinos: «Si nos fuera posible, decía la prensa española, todos estaríamos al lado del gobierno enérgico y heroico del general Rosas, para ayudarlo a defender la independencia y la libertad de aquellas repúblicas hijas de España.» Como ese periódico se expresaban otros. («El Nacional», 4 de enero de 1840; «El Nacional» de Madrid, Nº 1487.)

A los centros de estudios históricos que vamos extendiendo silenciosamente y sin publicidad por el país, para revivir la argentinidad, veo concurrir a los españoles con tanto interés como los criollos.

Sin facultades naturalmente comprensivas, la interpretación y la franqueza que les viene de raza, los caracterizan como los propagandistas más comprensivos de las ideas argentinistas que allí se exponen; ideas que van plasmando masas de opinión nativa, en el sentido de interpretar los hechos inquietantes del presente, de acuerdo a los intereses exclusivamente argentinos. Por eso he fundado sin vacilación, el petitorio que ha inspirado el decreto en virtud del cual se permite la entrada al país de la inmigración vasca.

En cuanto a los italianos e ingleses, ¿cómo puedo olvidarme y no respetarlos, si los he visto al lado de nuestros padres, poblar y trabajar los campos, de Santa Fe y de Córdoba, dentro de una unidad espiritual con nosotros, que recién se rompe por el maligno influjo de las ideas que conmueven y destruyen el mundo?

Cuando yo era niño, en la estancia denominada Los Cerros, en los campos que ahora forman el establecimiento llamado La Remonta de pertenencia del gobierno nacional, en aquellos lugares que pobló en un tiempo mi padre, recuerdo que aun eran visibles las sepulturas de los ocho jóvenes ingleses que allí fueron muertos por los indios, después de una resistencia heroica. Unos pocos pasos hacia el Norte de esos túmulos, se veían los de los criollos de mi raza y algunos de mi sangre, que murieron a su lado. Una gran cruz de madera de algarrobo, velaba su eterno sueño. A ellos nos aproximábamos para deletrear en lengua extraña los desconocidos nombres. Aquellas impresiones de mi lejana niñez no se han borrado nunca más de mi espíritu, y por ellas he conservado a la

nación inglesa una simpatía eternamente alimentada por ese melancólico recuerdo. Los extravagios ambientes, que desencadenan odios inexplicables contra aquel gran país, no han arrancado de mi corazón las raíces delicadas que han nutrido mi adhesión y mi cariño por el pueblo inglés. Debo decir algo más todavía. En la época en que los gobiernos patricios proletarizaron a una gran parte de la población auténticamente argentina, cuando entregaron a mister Wellrigh, 180 leguas, es decir, 460.000 hectáreas, de las mejores tierras del país, con las cuales este señor formó la Compañía de Tierras del Central Argentino, la empresa constructora del ferrocarril, tuvo el tino y la justicia de recoger a una parte de los desposeídos, y les dió trabajo, colocándoles, según sus capacidades, en casi todas las dependencias de la explotación de la línea: los peones de las cuadrillas de conservación de las vías y sus capataces asalariados con \$ 1 m/n. diario los primeros; con \$ 50 m/n. mensuales y casa, y otras ventajas, los segundos, eran argentinos. Lo eran también muchos inspectores de vías y de bosques; los jefes de las estaciones, los telegrafistas, los encargados de los cambios de vías, los peones de mano de las estaciones, y finalmente los empleados en la administración. Con estas medidas se salvaron numerosos argentinos de caer en la humillación de la miseria y de la desocupación, a las que los habían condenado sus propios gobiernos. Conozco a muchos descendientes de aquellos argentinos y también he tratado algunos de los primeros empleados, que hoy gozan con sus familias de un retiro digno. No olviden tampoco los señores senadores, que en el país existen no menos de doscientas mil familias, netamente argentinas, vinculadas a las empresas ferroviarias.

Lo mismo podría decir de los alemanes y franceses de aquellos tiempos.

Pero desde hace veinte años, desde que los regímenes totalitarios y comunistas se establecieron en Europa, ¿qué garantía nos ofrecen los extranjeros que vienen al país? Acaso ¿no sabemos que ellos traen, si son alemanes, ideas nazis y antinazis; si son italianos, ideas fascistas y antifascistas; si son rusos, ideas comunistas y anticomunistas; si son checos o polacos, el extravío de almas sufrientes a las que el dolor de los desastres de sus países de origen ha perturbado casi hasta la locura, como lo comprueban los delitos monstruosos en que han sido actores? Y, finalmente, ¿si son judíos, la incompatibilidad de sus ideas religiosas exacerbadas por la persecución para vivir en paz en nuestro medio

cosmopolita y en un país de confesada religión católica?

Estos son los motivos que me impulsan a procurar rehacer la argentinidad en la medida de lo posible, con el concurso de la población ya existente y que se sienta argentina, como se sentían Brown, Thorne, Charlone, Hølemberg, Brandsen, Rosetti, Cervi, Py y todos los anónimos que sufrieron y lucharon en los campos del trabajo y de la guerra por el engrandecimiento del país.

Si los temores que se han expresado aquí, respecto de las actividades de las colonias extranjeras, de las colonias alemanas e italianas fascistas, de la infiltración comunista, son verdaderos, creo que los señores senadores convendrán en que para conjurar esos peligros, que para detener esas actividades, deben tomarse todas las precauciones sin olvidar detalles. Si esta actitud, que voy a solicitar, adopta el Senado, y ella pudiera hacerse sentir en las esferas de la administración nacional, y allí se estableciera como norma no designar para los puestos vacantes, sino a los ciudadanos nativos, la defensa de la argentinidad habría tomado una posición muy importante.

Aquí he oído lamentarse a un ministro respecto de la escasez de elementos criollos para ser empleados en trabajos delicados de mecánica, en el ejército y en la armada. A mí me entristecían las palabras del señor ministro, porque, sin ser exactas, revelan un momento de la situación del país. Afirmo, en contra de su creencia, que en los talleres de Pérez, del Central Argentino en Rosario, talleres que pueden mostrarse al lado de los mejor organizados del mundo, los equipos para la realización de las tareas más delicadas, en todos los aspectos de los oficios mecánicos, está en manos de obreros auténticamente argentinos. Pero la escasez de obreros manuales para tareas delicadas que sufre el gobierno deriva de otras circunstancias que señalaré con decisión: ocurre que en los talleres que dependen de los diversos ministerios hay plazas presupuestas para aprendices de oficios mecánicos. Pero es más difícil obtener un puesto de aprendiz en esos talleres que una posición administrativa, porque los capaces o encargados de talleres y los ingenieros pertenecen a cualquier nacionalidad menos a la nuestra. Por eso sólo hay lugar para los hijos de sus connacionales o amigos de sus connacionales. En ciertas reparticiones de la administración nacional, relacionadas con el trabajo personal y de oficios, los antiargentinos operan despiadadamente: para el criollo no hay

trabajo. Cubren esa extraña actitud con una palabra grata al extravío general: no queremos que «entre» la política en la administración, y dicen esas frases, todos los fríos usufructuarios de los esfuerzos de esos políticos vilipendiados. Alguna otra vez hablaré más a fondo sobre estos asuntos.

Propongo, para terminar estas palabras, que el Consejo Agrario esté constituido por argentinos nativos, que lo estén también los consejos de distrito y finalmente que los concursos para optar a posiciones dentro de la compleja administración del organismo que crea este proyecto, se realicen entre argentinos nativos. Si esta medida tomara el Senado, como lo espero, procuraremos hacerla extensiva, después, a ciertas reparticiones muy importantes, que van siendo acaparadas por extranjeros, por naturalizados y por falsos técnicos.

Sr. Serrey. — Pido la palabra.

Yo comprendo, señor presidente, la posición espiritual del señor senador por Santa Fe, pero debo manifestar mi absoluta discrepancia con la proposición que hace, que, a mi entender, es contraria a los intereses del país, a la forma como se ha desenvuelto, a su crecimiento, a su desarrollo y a la letra y al espíritu de la Constitución. Responde, aunque él lo niegue, a una especie de xenofobia...

Sr. Caballero. — Yo no lo oigo al señor senador.

Sr. Serrey. — Es un sentimiento que está en el ambiente y muchas personas participan de él.

La proposición del señor senador no puede ser aceptada. Ya hice la misma objeción en otra ley que vino en revisión de la Cámara de Diputados, modificando una sanción del Senado, en la que se exigía la calidad de argentino nativo, y el Senado aceptó las razones que di en aquella oportunidad.

El aforismo de Alberdi, «gobernar es poblar», que antes fué parte de nuestro evangelio democrático, no ha dejado aún de tener fundamento y oportunidad. Ya no existe el desierto que describían Alberdi y Sarmiento en páginas inolvidables, que rodeaba a las capitales argentinas, pero nadie puede desconocer que tenemos un país cuya vastedad de territorio, da lugar a que la mayor parte se encuentre yermo y despoblado. La población es absolutamente desproporcionada con la extensión del territorio. Necesitamos a toda costa llenar este vacío...

Sr. Caballero. — Yo sólo he propuesto la modificación de un artículo...

Sr. Serrey. — Le ruego al señor senador que tenga un poco de paciencia y no me interrump-

pa, en la misma forma como yo no lo he interrumpido, a pesar de que ha dicho muchas cosas que me hubieran obligado a hacerlo.

Sr. Caballero. — No le oigo bien lo que está diciendo.

Sr. Serrey. — Decía que una de las necesidades urgentes de este país es aumentar la población y la prueba está en que el Senado, al sancionar el primer artículo de este despacho, la consagra como uno de los objetos principales de la ley.

¿Acaso para aumentar la población hemos de recurrir al crecimiento vegetativo? Imposible, porque lo limitan leyes biológicas, a las que no podemos dominar y de las que no podemos prescindir. Entonces, no tenemos más recurso que atraer la inmigración extranjera.

La misma Constitución se encarga de favorecer a toda costa esta incorporación de ciudadanos de otras partes del mundo. Desde luego, el preámbulo que asegura los beneficios de la libertad para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino. El artículo 14 y sus concordantes, que hablan de derechos fundamentales, lo hacen extensivos, precisamente, a todos los habitantes del país sin distinción. El artículo 20, que favorece la inmigración y concede a los extranjeros los mismos derechos civiles que a los argentinos. Y el artículo 25 que impide que se restrinja o grave en forma alguna la entrada de los extranjeros al territorio de la Nación.

Esto está conforme con la historia de nuestro país. ¿A qué altura de progreso y civilización habríamos llegado, si no hubieran venido contingentes de hombres de todas partes del mundo a incorporarse al país, muchos de ellos víctimas, como el mismo señor senador lo hace notar, de las persecuciones que sufrieron en su país, a olvidarlas y ser verdaderos argentinos con todas las ventajas y todos los atributos del ciudadano? Y no me refiero a los sabios y hombres eminentes, sino a los soldados desconocidos del trabajo, que han roturado la tierra, impulsado industrias incipientes, surcado el país en medios primitivos y llevado el comercio hasta sus últimos rincones.

Ahora se dice que se refiere exclusivamente, no a la entrada, sino a la posición de argentino naturalizado. También la Constitución se preocupa de favorecer la naturalización de los extranjeros. La prueba está en que el artículo 25, que he citado, dice que deberá concederse al que tenga dos años de residencia y aun autoriza a suprimir ese término en casos especiales, y también determina la preferencia que tiene para

conceder la naturalización, en cuanto exime a los que la consiguen de la obligación de prestar servicio militar por diez años.

Y esto es lógico, pues si nosotros queremos tener un aporte de hombres de todas partes del mundo, que vengan a trabajar nuestras tierras, está en nuestro interés, evidentemente, que no permanezcan ajenos y extraños a nuestros problemas, que se incorporen definitivamente, que obtengan la ciudadanía, que participen de nuestras luchas y experiencias, que tengan en este país la sombra de nuestra bandera, no como de nube volandera que los vientos arrastran, sino como de árbol arraigado en la profundidad de la tierra nativa.

Debo agregar que no soy partidario ni de que se favorezca a la inmigración sin distinciones ni de que se facilite la naturalización. La inmigración debe restringirse a los que estén dentro de los preceptos del artículo 25 de la Constitución y encuaneto a la naturalización, no creo como algunos que deba concederse automáticamente, a todos aquellos que han tenido un tiempo determinado de residencia, como llegó a proponerse en algunos proyectos que se han presentado al Congreso; no, la naturalización es un honor que debe acordarse a aquel que sea merecedor de ella, y por consiguiente, toda cláusula que haga que se conceda sólo en determinados casos, será buena, pero una vez obtenida la ciudadanía, el ciudadano naturalizado debe gozar de todos los derechos que la Constitución le acuerda. ¿Con qué fervor ha de recibirse la concesión de la ciudadanía argentina, si se empiezan a manifestar suspicacias y prevenciones contra quienes la obtengan?

Este espíritu de xenofobia a que me refiero, no es nuevo. Recuerdo que hace cincuenta años —los señores senadores de cierta edad deben recordarlo— se rechazó el diploma del señor Urdapilleta porque no había nacido en este país, no obstante haber prestado buenos servicios públicos en la provincia de Buenos Aires.

Un diputado, y por cierto de los buenos, ha proyectado hace un año o dos, la reforma de la Constitución, para excluir a los ciudadanos naturalizados de formar parte de ambas Cámaras del Congreso; pero mientras la Constitución no sea reformada, no hay impedimento para que un extranjero con cuatro años de residencia en el país, pueda ser elegido diputado nacional y con seis años, pueda formar parte de este Senado o de la Corte Suprema. Y no se va a decir que es más importante formar parte de un consejo agrario, que ser miembro de este cuerpo o del Tribunal Supremo de Justicia, interés

prete supremo de la Constitución, que falla los asuntos en los que está interesada la Nación, o en que son parte las provincias entre sí o en que pueda estar comprometida la paz pública con motivo de ser parte embajadores de países extranjeros. De ninguna manera. El criterio de la comisión que establece la exigencia de que los miembros del Consejo Agrario tengan cinco años de residencia es suficiente para garantizar que los nombrados hayan experimentado su bondad como ciudadanos, su verdadera adhesión al país. Además, existe una doble garantía: primero, que el Poder Ejecutivo no ha de proponer para ocupar un cargo de esta naturaleza a extranjeros naturalizados que no hayan demostrado sus condiciones y amor a la tierra que les ha dado hospedaje; y segundo, el acuerdo del Senado.

Por esta doble garantía considero que está llenado totalmente el objeto que se propone el señor senador y no habríamos torcido el sentido liberal de nuestras instituciones, lo cual no tendría justificativo y sería más bien perjudicial que benéfico.

Sr. Caballero. — Pido la palabra.

El señor senador se ha referido a otro aspecto del proyecto. Yo me he referido a algo que no tiene nada que ver con estos problemas de población, como es la entrega del país, cada vez más evidente, a la influencia extranjera.

Lo que el señor senador ha expresado, lo discutiremos más adelante, cuando se hable de la inmigración y de la modificación que he propuesto y que ya en otra oportunidad aceptó el Senado.

Propongo, sencillamente, que tanto el presidente como los directores de este consejo sean argentinos nativos, y ello estará, probablemente, dentro de las ideas del señor senador, teniendo en cuenta las funciones tan importantes que deben desempeñar los mismos. Es notorio que el argentino va siendo desalojado de todas partes por una especie de conjuración evidente entre los naturalizados o extranjeros y descendientes de primera napa de los extranjeros que han llegado al país de veinte años a esta parte, hecho que se extiende a todas las ramas de la administración nacional. Nosotros pretendemos rehacer un poco a este argentino que ha sido, como he dicho, dejado de lado por el abandono, el olvido y la persecución.

Sr. Serrey. — No encuentro, señor presidente, la razón por la cual se considera más auténticos a los argentinos que han nacido en nuestro país, que a los que por un acto de su voluntad, y considerándolo como un honor, solicitan la

ciudadanía argentina. Y lo que principalmente me llama la atención, es cómo se ha de hacer compatible esa exclusión del extranjero naturalizado con la amplitud de la Constitución, que únicamente les prohíbe ser presidente de la República. Pueden ser diputados, senadores, ministros, miembros de la Corte Suprema, etcétera. ¿Cómo no han de poder ser miembros del Consejo Agrario?

Sr. Caballero. — Y yo sostengo que el extranjero que vino al país después del establecimiento de los regímenes totalitario y comunista en Europa, no tiene las características del extranjero a que se refiere la Constitución.

Sr. Serrey. — Eso no tiene nada que ver.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Ruego a los señores senadores no dialogar.

Sr. Serrey. — Y debo recordar, a propósito del proyecto de reforma de la Constitución, a que me he referido, que excluye a los argentinos naturalizados de las Cámaras del Congreso, que muchos argentinos naturalizados han desempeñado esos cargos con honor y más eficazmente que muchos nativos que son frutos espúreos del sufragio universal, y que, sin embargo, son argentinos auténticos, según la terminología del señor senador.

Sr. Palacios. — ¿El señor senador está también contra el sufragio universal?

Sr. Serrey. — Me refiero a los frutos espúreos que ha dado algunas veces.

Sr. Palacios. — Es una manera sutil de desacreditarlo.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra.

Comprendo los móviles que inspiran al señor senador por Santa Fe y participo de ellos en una apreciable medida, porque forman parte del sentimiento nacional, que hoy golpea fuertemente a los espíritus, sobre todo en momentos como éste, llevándolo a adoptar sanciones que no adoptaríamos en momentos en que la vida del país se desenvolviera normalmente.

Personalmente estaba, en cierta medida, inclinado a aceptar la proposición del señor senador por Santa Fe, pero después de la recia oposición del señor senador por Salta y las opiniones adversas de distinguidos colegas, he consultado con los demás miembros de la comisión y no hemos llegado a un acuerdo, razón por la cual me veo en el caso de mantener el despacho.

Sr. Palacios. — Pido la palabra.

Reconozco, señor presidente, que hay un fondo de verdad en lo que ha manifestado el señor senador por Santa Fe; acaso el asunto no ha sido bien planteado, porque se habla de la gran cantidad de extranjeros que desalojan a los ar-

gentinos, y el artículo en debate se refiere solamente a argentinos. Estoy de acuerdo con el señor senador por Salta Fe que es absolutamente indispensable tomar medidas para evitar que los extranjeros se agrupen en colonias, con pretensiones de autonomía y respondan a inspiraciones de gobiernos extraños, sin arraigarse en el país, y constituyendo un verdadero peligro para nuestra nacionalidad.

Considero, también, que es una vergüenza que, empresas extranjeras de todas las nacionalidades, traten despectivamente a los obreros argentinos, y sólo acepten en sus talleres a los connacionales. Empresas concesionarias de servicios públicos han llegado, como lo denuncié en el Senado, hasta expulsar a las mujeres argentinas que formaban familia, procediendo con un desdén que irrita, respecto de nuestras instituciones. En algunas naciones se han dictado leyes, obligando a las empresas extranjeras a tener por lo menos el 75 % de empleados y de obreros nacionales.

Hemos tenido una liberalidad extraordinaria basada naturalmente en los amplios y generosos principios de nuestra Constitución, que no ha podido prever las grandes convulsiones que se han producido en el mundo y han creado una situación dolorosa con minorías audaces dentro de nuestros pueblos libres, amenazados por gobiernos de países poderosos, sin escrúpulos. Todo esto es exacto, y yo acompañaría al señor senador por Santa Fe en cualquier proyecto que presentara para evitar los peligros por que atraviesa el país; pero frente a las disposiciones contenidas en el despacho de la Comisión de Agricultura, el problema es otro.

Se ha dicho, con razón, que puede ser presidente del más alto tribunal del país, un ciudadano naturalizado; se puede ser senador, diputado; se puede ser todo en esas condiciones, menos presidente de la República y arzobispo.

Entonces, parece que no sería lógico que, tratándose del Consejo Agrario, adoptáramos una resolución que violaría el espíritu de nuestra Carta Fundamental. Sin embargo, sería posible aumentar los años de nacionalización. Propongo que el artículo 4º diga que, en lugar de tener cinco años de ejercicio de la ciudadanía, en el caso de ser ciudadano naturalizado, tenga diez.

Esto nos permitirá suponer que el argentino naturalizado está bien arraigado al país y siente de la misma manera que un argentino nativo.

Nada más.

Sr. Caballero. — Pido la palabra.

Mantengo mi indicación, porque sigo creyendo firmemente que todo lo que se había hablado

en el Senado respecto de los peligros actuales que ofrecen las colonias extranjeras, era una cosa real. Por una parte, la demora del Senado en despachar el proyecto que modificó, de la Cámara de Diputados, y que tendía, precisamente, a suprimir las actividades de los extranjeros, me indica que esos peligros no existen o que han desaparecido casi por completo. Mantengo mi indicación, porque le atribuyo una gran importancia a estas instituciones que van organizando paulatinamente lo que se llama la economía dirigida.

Casi todas las juntas que manejan el total de la producción del país, están formadas por extranjeros naturalizados o por extranjeros de distintas nacionalidades, de manera que, quizás, son, no tan importantes como las funciones del presidente de la República, pero, dentro de las relaciones múltiples que esas entidades van a trabar con los intereses del país y con la población del país, quizá estas funciones sean importantísimas, más allá de lo que nosotros prevenimos. Ellas van a influir en la vida íntima de las poblaciones de la campaña. Un país poblado por cuanta raza existe y agrupadas éstas en poblaciones, en colonias, ofrece todavía mayores peligros que un país en que hubiera cierta unidad racial. Yo quisiera ver cómo funcionan los consejos agrarios, con las oficinas de cooperativistas, que casi todas están caracterizadas por una cierta acción comunista, que tienen siempre elementos comunistas extranjeros entre ellas y dinero extranjero que las mantiene y las estimula hasta quedarse con las máquinas que compran con ese dinero. Y quisiera ver cómo funcionan en los distritos rurales esos consejos en este momento, sobre todo, en que la población italiana o la población de origen francés o suizo francés y la población de cualquier otra de esas nacionalidades beligerantes que dominan accidentalmente esos distritos, no se entienden ni en las reglas más elementales de la convivencia.

De manera que, por eso, mantengo mi indicación, recordando que el Senado votó que el consejo de la Junta Reguladora del Azúcar debía estar formado por argentinos nativos. Con toda franqueza, también, declaro que si este artículo no se votara en esa forma, yo pensaría que, entonces, el propósito de ir rehaciendo un poco la argentinidad, lo veríamos fracasado casi con toda evidencia.

Mantengo, pues, mi proposición sin declinarla, agradeciendo al señor senador Palacios las palabras que ha pronunciado y la extensión que ha dado al término de diez años de ejercicio de la

ciudadanía para los extranjeros que han de formar parte de este consejo.

Nada más.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — ¿La comisión acepta el agregado propuesto por el señor senador por Santa Fe?

Sr. Landaburu. — No, señor presidente, porque no hay acuerdo entre los miembros de la comisión para introducir ninguna reforma al despacho. Por eso me veo en la necesidad de mantenerlo en los términos en que ha sido presentado.

Sr. Palacios. — Debe haber acuerdo para introducir todas las reformas que se consideren útiles.

Sr. Landaburu. — Hay dos miembros presentes de la comisión, que pensamos de manera dispar. El acuerdo no es obligatorio.

Sr. González Iramain. — Pero sería extraordinario que hubiera acuerdo para no aceptar ninguna proposición.

Sr. Landaburu. — No he dicho eso. He dicho que en este caso no estamos de acuerdo.

Sr. Palacios. — Yo propongo que en lugar de cinco años sean diez.

Sr. Landaburu. — Se puede votar por separado; así se resuelve la cuestión.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a votar, en primer término, el despacho de la comisión y, en segundo término, la proposición del señor senador por Santa Fe, y si no fuera aceptada, la del señor senador por la Capital.

Se va a votar el despacho de la comisión.

Sr. Figueroa. — Es decir, la primera parte, sin el término.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — La Presidencia entiende que si el Senado aprobara el despacho de la comisión...

Sr. Landaburu. — Quedan rechazadas las siguientes modificaciones.

Sr. González Iramain. — No, señor senador.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — ... en seguida se votaría la proposición del señor senador por Santa Fe, y si fuera rechazada, el agregado propuesto por el señor senador por la Capital.

Sr. Palacios. — No es agregado.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra, y discúlpeme el señor presidente que le diga que, a mi juicio, incurre en error al proponer al Senado esa forma de votación.

Votado el despacho de la comisión, queda rechazada la proposición del señor senador por Santa Fe, que es incompatible con el despacho.

Sr. Palacios. — ¡Es claro!

Sr. Presidente (Patrón Costas). — La Presidencia entendía que el señor senador por Santa Fe proponía un agregado al artículo.

Sr. Landaburu. — No, señor presidente; una supresión de la segunda parte. De manera que si se vota íntegramente el artículo, queda rechazada la proposición del señor senador por Santa Fe.

Sr. Palacios. — Permítame, señor presidente. Creo que podría votarse por partes. Primero: «Tanto el presidente como los directores deberán ser ciudadanos argentinos mayores de veinticinco años de edad...» Hasta ahí todos estamos de acuerdo. Que se vote eso.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a votar esta primera parte.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Secretario (Figueroa). — «... y tener cinco años de ejercicio de la ciudadanía en caso de ser naturalizado.»

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a votar. En caso de ser rechazado, se votaría el agregado propuesto por el señor senador por Santa Fe.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Palacios. — No, señor, negativa.

Sr. González Iramain. — Negativa.

Sr. Secretario (Figueroa). — Afirmativa de 8 votos.

Sr. López Peña. — ¿Contra cuántos?

Sr. Secretario (Figueroa). — Contra 7. Forma quórum el señor presidente.

Sr. Palacios. — ¿Cuántos senadores hay en el recinto?

Sr. Secretario (Figueroa). — Dieciséis con el señor presidente.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Se va a rectificar la votación.

—Rectificada la votación, dice el

Sr. Secretario (Figueroa). — Afirmativa de 8 votos. Votan por la afirmativa, los señores senadores: Serrey, Arrieta, Landaburu, Arenas, Galíndez, Suárez Lago, Laurencena y Tamborini.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — Queda aprobado el despacho de la comisión.

—Se lee:

Artículo 5º — La remuneración del presidente y la de los directores será fijada anualmente por la ley general de presupuesto de la Nación.

—Se aprueba sin observación.

—Se lee:

Artículo 6º — No podrán ser miembros del Consejo Agrario Nacional:

- a) Los que desempeñen cualquier otra función o empleo nacional, provincial o municipal, excepto los del profesorado, y los miembros del directorio del Banco de la Nación Argentina e Hipotecario Nacional, en representación de éstos;
- b) Los jubilados nacionales, provinciales o municipales;
- c) Los que formen parte del directorio o administración de bancos o entidades privadas, vinculadas a las transacciones en bienes rurales, explotación de bosques, yerbales, algodonales o industrias análogas y de empresas colonizadoras;
- d) Los que se hallen en estado de quiebra, concurso civil o que tengan en gestión arreglos con sus acreedores.

Sr. Arrieta. — Pido la palabra.

El inciso a) del artículo 6º establece que no podrán ser miembros del Consejo Agrario Nacional las personas que desempeñen cualquier otra función o empleo nacional, provincial o municipal.

Es una disposición muy juiciosa y bien inspirada. Se desea que los miembros del Consejo Agrario, que van a tener a su cargo tareas muy pesadas y de gran responsabilidad, les dediquen todo su tiempo disponible y no tengan otra función pública a la cual deban también dedicar su atención. Esta disposición tan juiciosa, como digo, viene acompañada por dos excepciones. La primera, ya sancionada por la Cámara de Diputados, se refiere a los profesores, y autoriza que las personas que ejercen el profesorado podrían también ser, simultáneamente miembros del Consejo Agrario Nacional. Estoy de acuerdo con esta excepción. Pero no estoy de acuerdo, en cambio, con la segunda excepción, incorporada por la Comisión de Agricultura en el despacho que tenemos a consideración, y por la cual se permitiría que el cargo de representante del Banco de la Nación Argentina y del Banco Hipotecario Nacional ante el Consejo Agrario pueda recaer en un director de cualquiera de estas instituciones bancarias.

Creo que de ninguna manera conviene aceptar esta excepción. Una primera objeción, pequeña en sí, pero que salta a la vista, es la de que el director de uno de esos bancos que desempeñara, simultáneamente, el cargo de consejero en el Consejo Agrario Nacional, tendría doble remuneración, objeción, que, como digo, es pequeña y puede subsanarse con facilidad estableciendo en el proyecto la prohibición de acu-

mular ambos sueldos. Pero es que, aparte de ésta, existe un inconveniente fundamental en el hecho de permitir la acumulación de tareas tan importantes en una sola persona. Un director del Banco Hipotecario Nacional o del Banco de la Nación, tiene a su cargo tareas de gran responsabilidad a las cuales debe dedicar casi la totalidad de su tiempo; y en consecuencia, no lo tendría disponible para prestar su concurso y la amplia colaboración que se requerirá en las complejas tareas del Consejo Agrario Nacional que se crea por esta ley.

Me parece mucho mejor y preferible que el representante del Banco de la Nación y del Banco Hipotecario Nacional sea una persona designada por ambos directorios pero que no pertenezca al directorio mismo, y que sea elegida, como lo establece el artículo 3º, entre personas de reconocida capacidad en los problemas agrarios y que tenga también, agrego yo, tiempo disponible para atender las importantes funciones del Consejo Agrario Nacional con la dedicación que la transcendencia del asunto requiere.

Por consiguiente, propongo, concretamente que se elimine del inciso a), las palabras que siguen después de «profesorado».

Sr. Palacios. — Pido la palabra.

No me voy a referir a ningún artículo del proyecto. Quiero hacer moción para que la Cámara continúe su labor hoy hasta terminar con este proyecto.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — La Secretaría informa, señor senador, que no hay número en la casa.

Sr. Palacios. — Protesto, señor presidente. Es muy grave que en la Cámara de Senadores, donde se supone que se procede con seriedad, después de aceptada una moción para realizar reuniones diarias, hayan fracasado todas, hasta ahora, y que el día que obtenemos quórum, muy precario, nos quedaremos sin número, a las diecisiete y treinta horas.

Protesto contra esta actitud que desprestigia al cuerpo legislativo de que formamos parte, y me permito expresar a los señores senadores que debamos reflexionar, porque si este desprestigio cunde, no mereceremos el respeto del pueblo.

Sr. Presidente (Patrón Costas). — No habiendo número en la casa, queda levantada la sesión.

—Era la hora 17 y 35.